

# LA HISTORIA DE MANUEL

**Alexandra Desachy Rangsimarangrak**

**Nací** en las montañas de Guerrero, en el centro de México. Guerrero es un lugar donde hay muchos capos de la droga, y no dejan que la gente se gane la vida plantando sus propios cultivos. Quieren que trabajemos para los cárteles de la droga, y si no lo hacemos, te secuestran y te matan. Por eso es tan difícil sobrevivir en Guerrero.



No aprendí a hablar español hasta que tenía 13 años. Crecí hablando el dialecto de mi comunidad, mixteco. Mi madre se fue con otro hombre, y su nuevo marido no quería que yo viviera con ellos. Así que me quedé con mi padre. Mi padre era un alcohólico, y tuvo otras mujeres y otros hijos, así que me dejó con mi abuela. Mi abuela se ganaba la vida recogiendo leña del bosque. Todo el día caminábamos recogiendo leña, cargando enormes pilas sobre nuestras espaldas, todo el camino de regreso al pueblo.

Creo que es por eso que soy tan chaparrito, porque tuve que cargar todo ese peso desde que era un niño pequeño. Vivíamos en una pequeña cabaña hecha de materiales de desecho y piso de tierra. La mayoría de las veces nuestra comida sólo consistía en tortillas con chiles y frijoles,

cuando los había. Amo a mi abuela. Le prometí que algún día podría ir al mercado y comprar cualquier cosa que quisiera comer. Soy un hombre de palabra.

Cuando tenía 15 años, mi padre me mandó llamar. Él había ido a los Estados Unidos a trabajar, desde hacía varios años. Nunca envió dinero, al menos no a mí. Pero me mandó llamar y pagó a un coyote para que me llevara de contrabando por el desierto. Eso fue lo único que mi padre hizo por mí desde que nació. Fue entonces cuando conseguí mi primer par de zapatos, y una vez que me los puse, supe... ¡jiba a poder ir a cualquier lado y hacer cualquier cosa que me propusiera! ¡Tenía zapatos!

No hablaré sobre cruzar la frontera, porque eso es para otro momento. Pero llegué hasta una granja lechera en Vermont. Tenía un primo trabajando allí, y me dijo que el jefe probablemente me daría un trabajo. Pero cuando el jefe me vio, comenzó a reírse de mí. “¡Mira qué tan bajo eres! ¡Eres el mexicano más bajo que he visto en mi vida! ¡Y también eres el más gordito! Seguí diciéndole que sólo necesitaba una oportunidad para probarme a mí mismo. Pero él siguió riendo. Me dijo que fuera y aprendiera de los demás, tal vez podría ser de ayuda para ellos, pero que no había trabajo para mí. Aprendí todo lo que pude, y un día el jefe me dio el trabajo de cuidar a los terneros. Seis meses después, supervisaba todo el hospital de las vacas. Cuidé a las vacas cuando se enfermaron, cuando estaban embarazadas, y cuidé a todas las crías recién nacidas. A veces las vacas tienen a sus bebés solas, nadie las ve. Las crías caen en el excremento a su alrededor, yo las recogía y las ponía sobre mis hombros, y me las llevaba cargando y las limpiaba.

La primera vez que obtuve un cheque de pago no sabía bien cómo contar el dinero, pero estaba seguro de que mi abuela podría comprar todo lo que quisiera en el mercado por un año con tanto dinero. Le construí una pequeña casa, con techo de tejas y hasta ventanas. Ya no tendrá que volver a cargar leña nunca más. Y le pedí que me perdonara, porque nunca más volvería a vivir con ella.

Pasaron cinco años para mí en esa granja. Desde que tenía 15 hasta que cumplí 20 años. Nadie podía salir de la granja. Una señora venía y tomaba nuestra lista de cosas

que necesitábamos y luego nos traía el mandado. Teníamos miedo de salir porque la patrulla fronteriza siempre estaba cerca. Estaba mi hermano con el que podía hablar, y otros dos camaradas. A los estadounidenses realmente no les importaba hablar con nosotros, además, no sabíamos cómo. Pero en Navidad y en días como esos, nos sonreían más y la esposa del jefe nos hacía panecitos. Mi jefe estaba muy contento con mi trabajo y seguía diciéndoles a todos que yo era un tipo duro. Nunca había visto una sola tienda o cosa fuera de la granja. Todos los días era lo mismo, si estaba aburrido, trabajaba. Si estaba enfermo, trabajaba. Cuando caía lluvia, mucha nieve, mi trabajo era mi orgullo y mi esperanza.

Después de cinco años decidí irme e ir a ver qué más había allí afuera. Tenía primos que trabajaban en restaurantes en Manhattan, seguían diciendo que había mucha gente y tiendas allí, y mujeres con las cuales salir. Mis primos viven en el Bronx. Hay muchas personas como nosotros allí. Me sorprendió que puedas caminar por las calles e ir a donde quieras, nadie parece estar avergonzado o asustado aquí. Quiero decir, todos somos ilegales, ¿verdad? No tuve que caminar con la cabeza hacia abajo, escondiéndome. Pero tenía miedo de los negros, porque son muy altos y grandes y se ven enojados todo el tiempo. Me robaron dos veces en las calles, ni siquiera pude correr.

Empecé a trabajar en un restaurante con mis primos en New Jersey. ¡Todas las noches, después del trabajo, íbamos a salir y beber y festejar! Fue muy diferente, tuve que trabajar 80 horas a la semana lavando platos. Y luego me iba a tomar y salir con mis amigos. Realmente no tuve tiempo para dormir en ese momento. No ahorré dinero tampoco. Eso comenzó a ser un problema. Un día pensé, tengo que parar o voy a morir! Entonces, dejé a mis primos.

Alguien dijo que necesitaban trabajadores en una fábrica maderera. No sabía lo que era, pero fui con dos amigos. ¡Fue el trabajo más doloroso y peligroso de todos! Los trabajadores estadounidenses son altos, mucho más altos, y sus manos son grandes. Pero cuando llega el momento de trabajar, nos reímos de ellos porque no tienen fuerza. A mis camaradas y a mí nos gusta mirarlos fingir que están trabajando, especialmente cuando aparece el jefe. Se cansan fácilmente y buscan descansos... o nos dejan el trabajo. Ese era el caso allí, estos enormes troncos de árboles tenían que ser divididos en estas grandes máquinas, pero teníamos que cargarlos y eran realmente pesados, y luego rebotaban y teníamos que usar nuestras piernas y brazos para equilibrarlos, era realmente malo. Nuestras piernas y brazos estaban negros y azules por todas partes. Empezamos a levantar pesas para fortalecernos, las hicimos con latas de cemento. Pero los árboles eran demasiado pesados para nosotros.

Nos escapamos una mañana con la ayuda de una amiga que conocimos, su nombre es Laura.

Nunca me di cuenta de que estaba avergonzado de comer delante de otras personas, hasta que Laura me llevó a comer comida china un día. Ella estaba sentada frente a mí y yo no podía comer. Me di cuenta de que me sentía avergonzado de comer enfrente de alguna persona porque me sentía culpable de lo mucho que teníamos que trabajar mi abuela y yo sólo para tener que comer. Ahora he comido muchas cosas diferentes, me gusta la pizza, la comida china y las hamburguesas. No voy a ser como mi padre. Yo sé que si comienzo a beber, no puedo parar, así que ahora busco trabajos donde no puedo conseguir ninguna cerveza. La única forma en que volvería a México es si tengo dinero para comprar una camioneta bien grande, con bocinas potentes, con la que conduciría por la ciudad. Todos quedarían impresionados, especialmente las chicas.

Ahora que estoy aquí, muchas chicas de mi comunidad quieren salir conmigo. Me envían mensajes todo el día en Facebook. Una prometió casarse conmigo si volvía. Pero, ¿me amaría si no tuviera dinero? Le envié dinero para abrir una pequeña tienda de juguetes. ¡Le fue bien en Navidad! Pero luego dijo que estaba enamorada de un hombre y que no podía seguir esperándome. Así es como son las cosas. Ahora no quiero ninguna novia de larga distancia.

Mi padre fue deportado no hace mucho, probablemente porque estaba ebrio en las calles. Él sigue pidiéndome dinero, y sigo enviándolo, pero él solo lo usa para emborracharse. Mis amigos saben que pueden contar conmigo. Después de construir la casita para mi abuela, la mayor parte del dinero que gano lo presto a mis amigos para ayudarlos. Descubriré quién es realmente mi amigo, el día que necesite ayuda.

Soy un hombre de palabra. Puede que sea chaparro, pero soy un hombre y un hombre de palabra, ¡y puedo demostrarlo! Mi nombre es Manuel. Y todo lo que necesitaba era un par de zapatos y una oportunidad de probarme a mí mismo. ☒

---

**Alexandra Desachy Rangsimarangrak** (Ciudad de México, 1971). Educadora y activista mexicana, de madre tailandesa y padre mexicano, con residencia actualmente en Nueva York. Fungió como secretaria ejecutiva de la Embajada de México en Tailandia. Ha sido profesora de inglés en la Universidad Iberoamericana, en la Universidad Autónoma de Chiapas y en el Instituto Tecnológico de Tuxtla Gutiérrez, donde comenzó su dedicación a la causa de los indígenas marginados, como consecuencia del levantamiento zapatista. Su labor en defensa de los trabajadores hispanos del campo se inició hace más de 18 años en Estados Unidos, al trabajar como maestra de inglés y trabajadora social para el programa federal de educación MEOP (Migrant Education Outreach Program), el cual da apoyo educativo a los trabajadores del campo menores de edad y a sus familias. También se ha destacado por sus obras pictóricas al óleo, y su trabajo se ha mostrado en galerías del estado de Nueva York. Hoy en día se dedica a dar asesoría y entrenamiento a dueños de negocios que emplean hispanos, fomentando la comunicación, eficacia, salud y bienestar de los trabajadores y sus familias.